

CITA CON LA TÍA WILKINSON

Cuando creí que por fin había llegado el momento de empezar nuestra conversación, ella tomó el mando.

“Venga conmigo a la otra sala.

Quiero enseñarle una cosa”.

“¿Qué?”

Entramos en un salón casi tan grande como mi piso actual.

Unos ciento setenta metros cuadrados.

En el centro había una mesa de billar.

Me preguntó si conocía el juego.

Si sabía jugar.

Dije que sí.

Le expliqué que no era muy aficionado a la goriziana, la versión tradicional italiana, y que prefería el billar americano.

Sonrió.

“De eso no hay duda.

Ya lo sabía”.

Aproveché la ocasión al vuelo.

Le pregunté si se había gastado dinero en el Servicio de Inteligencia de Su Majestad, si había leído mis libros gratis o si sencillamente le había pedido informes sobre mí a mi madre.

No contestó.

O quizá contestó con el silencio.

Después me condujo hacia una mesa larga.

Sobre ella se exponían cuberterías, estuches de manicura, estuches de pedicura y numerosos artículos de cuidado personal.

Todo era de acero pulido.

Cada pieza, una por una, se pulía todas las semanas para que conservara el brillo.

Pero no fue eso lo que me llamó la atención.

Todos los objetos llevaban el mismo símbolo.

Las dos espadas.

La marca.

La firma.

La identidad.

Wilkinson Sword.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Por primera vez comprendí de verdad dónde estaba.

No era el invitado de una gerente.

No era el invitado de una ejecutiva.

Ni siquiera era el invitado de una leyenda empresarial.

En un momento dado oí voces femeninas que la llamaban.

“Tía…

Tía…

¿Dónde estás?”

Sin dudarlo, contestó:

“Ahora mismo voy.

Estoy con mi sobrino.

El hijo de Gillette”.

En ese momento ya no me quedó ninguna duda.

Estaba en casa de mi tía.

Volvimos a la otra sala.

Todos estaban listos para salir.

Todos menos yo.

Maggy me tomó del brazo y dijo:

“Le presento a mi hija y a mis dos nietas.

Ninguna de las dos está casada.

Acompáñeme.

Quiero enseñarle una cosa.

Espero que le haga feliz”.

A decir verdad, estaba completamente borracho.

No de vino.

De información.

De emociones.

De tiempo.

Ya no era capaz de procesar nada de aquello.

Ella, en cambio, aquella viejecita inglesa, era un terremoto.

Enseguida me pregunté cómo habría sido de joven.

Y si alguien habría podido manejarla alguna vez.

La respuesta llegó sola.

No.

Ella estaba más allá de eso.

Era una mujer de acero.

Llegamos ante una fábrica abandonada.

Se detuvo.

La miró en silencio.

Luego dijo:

“Fernando.

Todo empezó aquí.

Y si le hubieran conocido antes, hoy seguiríamos teniendo nuestra empresa.

Nunca nos habríamos visto obligados a venderla por culpa de una mala gestión y de decisiones arrogantes”.

Su hija.

Sus nietas.

Todas en silencio.

Hasta Dominique parecía conmovido.

Entonces dijo:

“Este es el recorrido sentimental que la vieja señora hace siempre para impresionar a sus invitados.

Siempre la misma ceremonia inglesa”.

Pero esta vez no le hablaba a un invitado.

Le hablaba a su sobrino.

Cuando terminó el recorrido, me llevaron de vuelta a mi hotel.

Fui yo quien pidió volver.

No estaba preparado para absorber tantas emociones en un solo día.

Pero volveríamos a vernos al día siguiente.

Ferdinando